

MIS MEMORIAS.

A MI ADORADA ANGELA Y A MIS HIJOS MUY QUERIDOS.

DEDICATORIA.

A tí, blanca y noble criatura, que has venido á mi vida como el ángel anunciador de paz; á tí, que en las horas melancólicas, tristes y sombrías de mi existencia has sido la aurora de mis dulces sueños, la tarde tibia de apacible cielo y el crepúsculo brillante de mi juventud.

A tí, que eres en el hogar humildísimo que el Destino me dió, la bendición y el aura purificadora, el bien, la virtud y la dicha; á tí, compañera graciosa, dedico estas páginas de mi vida, arrancadas al recuerdo y entresacadas de la memoria mía. Cuando tú las leas ya habrán pasado los años, ya crecidos nuestros hijos oirán de tu boca todo lo que les dejo escrito y será cada página, cada uno de mis pensamientos, el beso que quiero dejaros sobre vuestra frente como el recuerdo y el halago más dulce y verdadero de mi azarosa vida.

Lo sentiréis posar sobre ella con la suavidad de la ternura, con la nobleza del cariño leal y desinteresado.—Os extremeceréis á su contacto, porque será el ave de plumaje blando y límpido, rozando el sereno espacio de vuestras almas, trayéndoos mi amor, mi infinito amor.

Pero, os encargo que las leais en las horas de dulce calma, cuando el cielo esté azul y vengan las golondrinas á la mansión que habitéis.

Cuando no haya mundo necio que os rodee, cuando á solas estéis unidos los tres, en un solo corazón y en una sola alma, para pensar en mí.

Los seres que me han amado tanto, que me han arrullado con sus caricias, no me olvidarán ya, y viviré en vosotros bajo la forma nobilísima del recuerdo. ¡Ah, sí, lo sé muy bien, por eso os dejo empapadas con mis lágrimas y selladas con mis besos estas páginas de mi pasión y de mi orgullo.

Mi pequeño libro es un templo de sencillez y de verdad, donde sólo vosotros tenéis derecho á entrar, los únicos creyentes de mi cariño, los solos que podéis ante el altar de mi amor arrodillaros con fe inquebrantable, y con la dulce esperanza de estar conmigo siempre.

Hé aquí mi ambición suprema, que dilato desde los momentos en que escribo, hasta los días lejanos en que ya no esté á vuestro lado.

México, 1895.

ANSELMO ALFARO.

CUATRO BIEDER.

I

¡Contra mi barca estréllanse las olas,
de tí me alejan ya!
Ni pudimos unirnos, ni pudimos
comprendernos jamás.
Tú vives en el mundo de los hombres,
yo en un mundo ideal;
Contra mi barca estréllanse las olas
¿donde me llevarán?

II

Si alguna vez te deshojo,
quiero, margarita blanca,
que tu pétalo postrero
le responda por mi alma.
Cuando sus dedos arranquen
tu última hojita de nácar
y ella pregunte: *¿me quiere?*
tu pétalo diga: *¡te ama!*

III

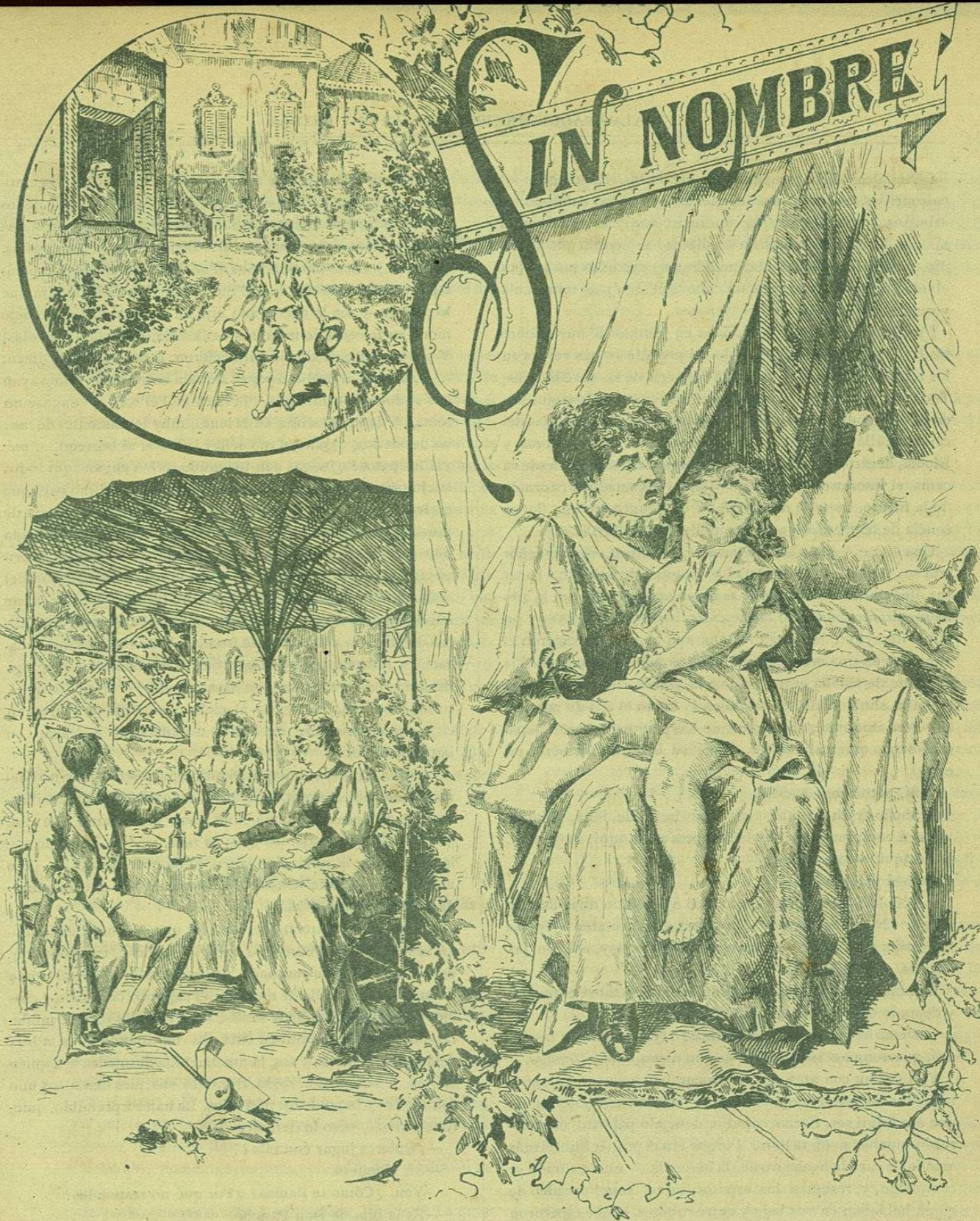
¿Quién le puede poner dique al torrente
que cae bramando de la inmensa altura?
¡Era tarde! Oponerse, fué imposible.
¿á qué entablar y sostener la lucha?
¡Caí por fin! Sirena del pantano,
ella llevóme hasta la charca inmundada.....
¿Quién le puede poner dique al torrente
que cae bramando de la inmensa altura!

IV

Contra el peñasco las olas
rompen furiosas bramando.
Mi corazón está triste,
¡ya no puedo sufrir tanto!
Siempre me buscan tus odios
y me hieren sin descanso.....
.....¡Contra el peñasco las olas
rompen furiosas bramando!

México, 1895.

OCTAVIO BARREDA.



UN peón que recortaba el pasto, suspendió los vaivenes de la hoz, estaba en cuclillas, se puso en pie, y dirigiendo una mirada al pabellón, de vidrieras herméticamente cerradas, dijo á su mujer, que echadas atrás las puntas del rebozo, encorvada, una mano en la rodilla, arrancaba hojas de perejil en la hortaliza:

—¿Y, cómo sigue?
—Mala..... tres veces ha venido el doctor, no quitan el coche desde ayer, por lo que pudiera ofrecerse. Donde esta niña se muera, sabe Dios lo que será de la señora, que está hecha una loca. Y volviendo la vista en torno, agregó, apoyando la mandíbula en la mano y la diestra en el codo: Mira, tú, si parece esto camposanto de puro triste. Y los patrones, de partir el alma, ora que me llamaron para sacar la ropa sucia, entré

hasta la pieza: la señora en la cabecera, teniendo así á la niña Elodia, y el señor, ya sale, ya entra, ya se pára, ya se deja caer en las sillas, sin cuello, sin pantuflas; no come, tú, por eso tiene una cara fatal..... el desayuno lo dejó enterito: te guardé los bizcochos que sobraron.

—Bueno, y la chiquita llora, se queja..... ¿ó qué?
—Nada, has de cuenta un tronco..... resuella fuerte, y nada más..... no abre los ojos.

—Eso es..... *tiricia*.

—¡Qué! si dicen que es algo de adentro, de los nervios, ¡ve tú á saber! Y los patrones, llora y llora; uno trae el *chisme* ese que les meten debajo del brazo para ver si tienen calentura, otro vé el reló, y cucharada y cucharada, y píldora y píldora.

—¡Sea por Dios! ¿Ya hiciste el almuerzo? porque han de ser las diez, tú; mira hasta donde da la sombra de la magno-

lia. Anda carrerita, y cuando esté me avisas. Remangóse los calzoncillos, empuñó dos regaderas, que paseó bañando los arbustos, y tras un *shan!* de cansancio, secóse el sudor con la manga, lanzó el principio de un silbido, se acordó que no podía, y siguió tundiendo el camellón, en cuyo extremo yacían olvidados juguetes de niño: un cubo azul, una pala minúscula y un rastrillo clavado en los terrones.

Y Abril, entretanto, se cuajaba en grumos de nieve sobre los rosales! El mes del blondo sol prendía ascuas verdes en los retoños y franjeaba de oro la flequería de las enredaderas! Toda la paleta de los blancos y azules castos y de los rojos lascivos se sacudía en los follajes, que aquí rompían las rejas del cenador, allá doblaban los alambres guías de las trepadoras, y Elodia, dentro, en la obscuridad de los enfermos, oía, desde su cama, el retozar de los pájaros y aquel melancólico ritornelo de la fuente, un tallo de cristal en cuyo extremo una florescencia de blancuras lanzaba centelleo de pedrerías.

Una semana antes, fué al jardín por última vez: el señor leía sus periódicos en el cenador, después de bañarse y hacer sus diez *crisitos* con las balas, se paseó en zapatillas por la arena crepitante, enderezó las cercas caídas, olió las rosas y pidió el desayuno; la señora llevaba una bata azul, pusieron el almuerzo en una mesa rústica, en albo mantel, y se colocó la silla alta de Elodia entre los dos: la niñera atrás, seria y con delantal almidonado, teniendo en la mano el aro de colores.

—Pero chiquita, ¿qué tienes? no has pedido un beso á papá. ¿No me quieres? A ver, déme su boquita; ¿no eres mi cielo?

—Sí, pero tengo sueño!

—Sueño ¡y ha dormido toda la noche! ande, floja. Cuando vayas á comprar carne, no la compres ni de aquí, ni de aquí, ni de aquí, sólo de aquí.....

—Está palidita.

—Todas las porquerías que comió ayer, te lo dije; dale su purga. ¿No quieres café? ¿Prefieres el chocolate? ¿Tomas tu costilla y tu vino? Anda, yo mismo te la doy, así, en pedacitos, abre la boca.

La niña no respondía, cruzando los brazos sobre el mantel y dejando caer en ellos la cabecita, dormitaba.

—Y está fresca, no tiene calentura! ¿Qué será? Por las dudas, que venga el médico; tal vez un recargo de estómago.

Y lo decían con un tono que procuraban hacer alegre, pero resultaba sollozante, con el tono de la cobardía paterna, de que ese frágil ser, tierno capullo, delicado pajarito, ese querubín endeble, pudiera llorar. Porque era el primer hijo, el más amado, la caricia hecha carne, la herencia de amor, donde se completan y resumen los esposos; aquel angelito rubio de quien hablaban en voz baja y entre rubores, el que esperaron tanto tiempo con mudas ansiedades; el hijo del primer dolor, el tesoro que se contempla al borde de la cuna, el que si suspira os hace saltar del lecho, temblorosos y cuitados, el que abre los ojos para que despierte el día, el que con su enfado ó sus transportes alegre ó entristece el desayuno: el que si está pálido, os persigue con su carita dolorosa, en la oficina, en la calle, en todas partes, y os sobresalta esta pregunta que acompañan latidos turbulentos: ¿cómo habrá seguido? y olvidáis el cálculo, y no atináis con la frase, y se confunden la ley ó la fecha, y os llegáis al teléfono para preguntar con ansia y sentir un inmenso consuelo cuando una voz amada contesta que está dormidito, sí, dormido, y nadie chista; se anda de puntillas, se espanta la mosca, se dulcifica la mirada, y suspensos lo miráis respirar poco á poco, con huellas rojas de encaje en la mejilla, las manecitas apretadas, y cuando lanza un suspiro de reposo, balbutís, con los ojos húmedos: ¡pobrecito! Por un juguete, que romperá mañana, contraeis un compromiso; por verlo patear un momento más, no acudís á la

cita; y hay un poema de sereno amor en esa lenta y larga mirada que posáis en la esposa que le ha legado el azul de los ojos besados con mística ternura y el hoyuelito que en la risa hace, exclamar: ¡es tu retrato! Le han hecho fotografías, desnudo y entre blondas; por él se detienen en los escaparaes y recorren las tiendas, el incrédulo pide un Dios para que lo proteja, y sea la suerte una hija de Farón, que no lo deje morir en la cesta de mimbres de la vida, juguete de las olas! Y por eso ante Elodia ya palidecieron, la acarician y le dicen:

—¿Vamos al jardín á jugar á quién corre más? Que vayan por el doctor, y mientras, ¿le hará mal el sol? ¡Véngase mi reina! Y la muchachita anda lenta, muy lentamente, de ma, no de los dos. ¿Quieres tu coche? ¿Traen al borrego, al *mé* y á los patos? ¿Juegas con tus muñecas? Vengan aquí todos los juguetes de la niña; que abran el paraguas chino para que no le dé el sol, y que pongan en la mesita negra la caja de música, para que baile este encanto; y la enfermita, rodeada de sus riquezas infantiles, bajo la ronda de endriagos, mariposas y daimios de extravagantes colores de Asia, al son del wals lento de la caja de laca, toma un objeto y lo deja, tiene sueño, mucho sueño, y en torno danza de insectos, cromáticas de pájaros, abaniquo de frondas, lenta emigración de caracoles, indecisa fuga de lagartijas, y dominando esa égloga discreta de Abril, como una nota de pesar, el triste, triste ritornelo del agua, subiendo al cielo como tallo de vidrio, en cuyo extremo se abre una flor de espuma, que se deshace en lágrimas de iris.

La niña, al sol, como que se anima: arrastra el carrito barnizado de rojo, acuesta, sobre un escudo de enanas florecillas, sus tres muñecas: la mamá, una azul, más grande que ella, que hablaba y cerraba los ojos; la rosa, vestida de muaré, y la minúscula, la novia de blanco, la de porcelana..... pero ni una ni otra, ni la restante, le arrancan más que una mirada incolora y sin fijeza.

Y á un paso, como un merodeador que acecha, tras las hojas sonantes del plátano, con ojos que suplican, con boca donde la respiración se suspende, una niña atónita, mira la cuna de mimbre, la vajilla de mentira, el roperito de espejo y esos ojos de cristal, grandes y azules, esos grandes ojos de muñeca, que la miran de hito en hito..... fascinándola, es la hija del jardinero, arisca y fea, la muchachilla desmedrada á quien hablan y se chupa el dedo, frotando sus pies descalzos uno contra otro y bajando los párpados. La han sorprendido, quiere escurrirse, pero la detienen.

—¿Quieres jugar con ella?

—Sí, sí quiero.

—Ven. ¿Cómo te llamas? ¿Por qué no respondes?

—Es la hija de Don Pancho.

—Bueno, pues jueguen: jueguen á las *visitas*, jueguen á la *comidita*. Anda, acércate, no tengas miedo, dale la mano á la niña, ¿las tienes limpias?

Y primero tímidas y recelosas, se acercan; Elodia la ve con curiosidad, le toca el rebecillo colgante, poco á poco pasa su manecita blanca por el carrillosoleado de la otra, palmea en él y le da un beso.

—¡Oh, tesoro! y la levantan por los aires, enmedio de una explosión de ósculos paternos.

Son amigas, ya lo eran, pero la cuidadora había contado en la cocina que á los amos no les gustaba que la Marcela se juntara con Elodia; por eso tiembla la hija del jardinero, porque le pegan cuando la busca, y por eso como que descansa de un gran cuidado cuando el señor mismo la toma de la mano y la lleva bajo la sombrilla; se aleja para que no lo respeten, finge reanudar su lectura y las deja que en su lenguaje informe se cambien preguntas y confidencias, sugeridas por la parodia de mobiliario ó de gentes, que representan los ju-

guetes; pero de soslayo sigue los manejos de esas dos figurillas, la nimboada de oro por los cabellos y la que relumbra como el cobre en que se forjan los desheredados.

Ya ha reído Elodia, quiere mucho á Marcela; como niña rica, es el único ser de su edad que trata.

—Toma, toma la cafetera..... yo soy mamá, y traes el desayuno.

—¿Y si se rompe?

—No le hace..... trae al niño, porque le vamos á dar su leche. Mi hijo es el color de rosa; el tuyo el azul; y la humilde muchacha toma como objeto sagrado al muñeco, lo abraza, paso á paso lo acerca, y teniéndolo así, suyo un momento, objeto de sus sueños, ambición pueril pero inmensa, se olvida de todo, lo mece, lo contempla, le dice con media lengua, lo que su mamá le dice al hermanito para dormirlo, y es feliz; su amiga está absorta de tanto cariño, parece que, con imposible precocidad, comprende lo que Marcela piensa y siente, con el rorro en el regazo, y sin saber por qué, pónese roja, arrárganse sus cejas, se contraen sus labios, se le arrasan de lágrimas los ojos, y tras una convulsión rápida, como sollozo que no sale, se desvanece, tambalea, y cae boca arriba, con los brazos en cruz, sobre una caja de cubos con letras mayúsculas y un gato de cuerda, y queda así lívida, sin oír otro grito, que el del padre, que la sacude por el aire y le pregunta con voz de terror:

—¿Pero qué tienes, vida mía? ¿Pero qué tienes, mi cielo? ¿Pero, Dios mío, qué tienes? ¡Responde! ¡Abre los ojos! ¿Qué tienes? Y corre enloquecido, salvando cercas, con el cuerpecito en brazos..... Fué el primer acceso.....

II

—¿Y no te duele nada?

—No, mamá. Y ¿quién habla allá adentro?

—Es papá, que le pregunta al médico si mañana bajas al jardín.

—Y Marcela, mamacita chula, ¿por qué no viene? yo quiero á Marcela.

—¿Quieres que venga?

—Sí, mamacita; pero no te vas tú, ¿verdad que no te vas?

—No, mi vidita, no; aquí me estoy. ¡Carlos!

—¿Qué, hija?

—Que la niña quiere que venga Marcela.

—En el acto!... Y él mismo baja á la vivienda del jardineiro; no quiere que la vistan de limpio, así está bien, descalza, no le hace, la niña la llama.

Y hélas ahí, momentos después, rodeadas de los mismos juguetes.....

—Marcela, quieres mucho á mi muñeca, ¿verdad? La quieres más que á mí, la ves mucho y la besas cuando yo me volteo.

—Sí.....

—Mira, mamá, cuando sane, cuando yo sane y sea grande, me compras otra muñeca grandotota, grandotota ¿eh? y ésta se la damos á Marcela.

—Bueno, sí, pero no hables; ¿ya ves? ya te estás poniendo pálida, te cansas, mi tesoro..... duérmete..... duérmete, así, en mi pecho. Aquí se queda la muchachita, no se va; cuando despiertes juegan más.

Y Marcela, inmóvil, con mirada de animal fiel, la contempla con los párpados violados de los agonizantes, con la boquita reseca y despellejada, el mento saliente, el pechito ahuecado, donde se mece apenas una medalla de esmaltes y aso-

ma la transparencia gelatinosa de la tela de salud que protege al cáustico; la mamá dormita, y entonces Marcela, poco á poco, primero toca la orla, después la palpa, y por último, abraza á la muñeca sesga en el lecho, y la arrulla..... y se duerme, para abrir los ojos cuando después de mucho tiempo oye una voz, que se dijera estertor de angustia:

—¿Carlos?

—Hijita.

—Se ha enfriado, tócala, ¡está como un hielo! le dice con mirada de loca.....

—¡Doctor! ¡pronto! ¡pronto!..... ¡Hija! ¡reina! ¡princesita! Elodia..... Doctor, ¿qué es esto?..... y no se atreve á preguntar..... Sí, ese frío es el frío de los epílogos!

—Desgraciadamente..... por inmensa desdicha!

—Hija, mira, no llores así; no llores, Adela, no llores así.

—Usted tómelas, se lastima, se golpea, yo..... ¿pero qué hago? ¡Francisco! ¡Luis! ¡Hija, hijita, hijita! No, doctor, revívale usted, revívale usted, ó me muero yo. Pero Dios mío, ¿qué hemos hecho.....?

—Calma, señora, calma, y sálgase usted de aquí..... se enferma, recuerde al que viene, al que se estremera en sus entrañas, eso le hace mal.

—¡No me salgo, por Dios que no me salgo!

Y hay explosión de sollozos; en el lecho revuelto y sobre el cuerpecito frío, se encuentran las bocas que besan en el mismo sitio, en esos labios adorados que se crispan en una sonrisa de burla, de la materia inerte; la calientan con el aliento, como si con él le infundieran vida, la bañan en lágrimas, la pasean desnuda y con demacraciones de mártir, y piden cuenta á Dios de ese crimen, de esa hija tan linda y tan buena, de esos ojos azules donde no brilló la culpa, de ese despojo de tonos liliales tornado en frialdad aterradora, de ese despojo á quien hirió un rayo, que no, no mandaba el Señor, porque no era tiempo aún!

Y Marcela, detrás de una cortina, con el muñeco en brazos, no llora; no sabe, no comprende lo que pasa; pregunta qué hace con el rorro, y una voz sollozante le dice: llévate, llévate, ella te lo dió. ¡Dios mío, Dios mío! ¿qué te hemos hecho?

Y la muchachilla sale, sale corriendo, sin miedo á las piezas oscuras, se llega á la madre y le dice, mostrándole el tesoro:

—¡Me la dieron, me la dieron, mamacita! Y luego, súbitamente sería y en secreto, murmura: ¡y si vieras, todos lloran, el señor y la señora, y la niña Elodita no habla, y está dormida, dormida, y el doctor le pega la oreja al pecho y dice, moviendo la cabeza, que nó, que nó, y todos gritan: «¿Pero Dios mío, qué te hizo para que te la llevaras?» Y sigue su charla insensata y cruel, sola, porque la madre ha comprendido, y vuela al pabellón, y todavía en las altas horas de la noche, cuando grupos silenciosos de criados arrancan flores que no se abren todavía, para la muerta, cuando salpica la fronda de los árboles el centelleo de los cirios, cuando los padres, embrutecidos de dolor, se hunden en el mutismo de los inmensos duelos, se oye un canto de niña feliz que arrulla, de niña feliz que no puede dormirse: es Marcela que dice ternuras á su muñeca; y la acompaña triste, melancólico, lloroso, el ritornelo de la fuente, el recto chorro que allá, en el fondo de la noche, se desgrana en invisibles lágrimas!

ANGEL DE CAMPO.

(*Micros*).

ROSA BLANCA.

(De "Elegías.")

Abrió su cáliz y virtió perfumes
Al beso de la hermosa Primavera;
La juventud le prodigó caricias
Y deshojó en su alma rosas frescas...
La arrullaron las blancas ilusiones
Ebrias de amor y de perfume llenas;
Llegó la aurora y salpicó rocío
Que ardió en sus hojas de luciente seda
Al toque de la luz, que en el Oriente
Fingía brillos de oro, blanca y trémula...
¡Llegó el Invierno del dolor!... entonces
La hermosa virgen apacible y tierna
Dobló la frente pálida en que un día
Olvidara sus besos Primavera,
En que anidaron los azules sueños
Y entonaron sus místicas endechas;
En que cantó el amor sus versos de oro
Y volcaron sus luces las estrellas!.....

¡Huyeron... como pardas golondrinas
Al sentir el invierno... las serenas
Horas de inmensa paz!... vino el Otoño
Con la elegía de las hojas muertas...
Sollozaron las aves en los bosques
Y gimieron las arpas de las selvas!...

¡Después!...—rosa de armiño blanca y pura—
Dobló mi virgen su gentil cabeza
Y se durmió en la sombra... en que tan sólo
El ave de las tumbas aletea!...
El beso helado de aterido cierzo
Hirió á mi *rosa blanca*... y en la negra
Mansión de los olvidos, virtió lágrimas
De amargura la hermosa Primavera!...

* *

¡Duerme... mi rosa blanca... mientras lloro
Tu amarga ausencia... funeral... eterna!...
¡Fuente sin limo que encontré á mi paso,
¡Lleva en tus claras ondas rosas frescas!...

Guadalajara. 1895.

RAFAEL MARTINEZ RUBIO.
(EL DUQUE JUAN).

CREPÚSCULO + + ✻

Cayó el atleta de la luz, herido,
Derramando su sangre en el ocaso;
El puñal fué la sombra, tendió el lazo
La noche, lenta y cruel, como el olvido.

Las nubes lo amortajan; ha querido
Entre ellas su pupila abrirse paso,
Fué en vano, y al sentir el cruel abrazo
Lágrimas de oro en ellas ha vertido.

¡Qué triste es la hora de morir el día,
La triste hora en que la noche empieza!
¡Hora de vida y hora de agonía!

Amo esa hora de mortal tristeza:
Tiene la melancólica poesía
Que siente el alma y que jamás expresal

Guadalajara. 1895.

ANDRÉS ARROYO DE ANDA.
(JUNIOR). (1)

CHARLA de los DOMINGOS

Niña de la macetita de albahaca, tú que
riegas todos los días los tiestos de tu balcón,
gorjeando los traviesos compases de un dan-
zón ó de una mazurka; tú que cuelgas de la
jaula de tu canario la fresca lechuga que él
picotea gozoso; tú que sacudes los vidrios de
tu ventana con el pañuelo á la cabeza, dejan-
do ver tus mórbidos brazos más blancos que
los pétalos de esa margarita prendida á tu *ma-
tinée*; niña de la macetita de albahaca, no de-
jes de ir hoy al templo.....

Mira que es el domingo de Ramos; mira
que tienes que llevar la palma dorada con
rojos moños que el sacerdote debe bendecir.

No dejes de acudir al templo, niña de la
macetita de albahaca.

Esa palma debes atarla á tu balcón; así, de
una manera graciosa, y allí el fantasma del
infortunio no podrá penetrar, y allí el rayo y
la centella habrán de detenerse, porque la pal-
ma bendita es como la sonrisa de la fortuna.

Son las ocho de la mañana, niña de la ma-
cetita de albahaca, vé al mercado, busca la
palma más gallarda, prende á sus ramas ese
listón rojo que ha oído los suspiros de tu pe-
cho, y llévala al templo para que sobre ella
caigan el perfume del incienso y el aroma
puro de la oración.

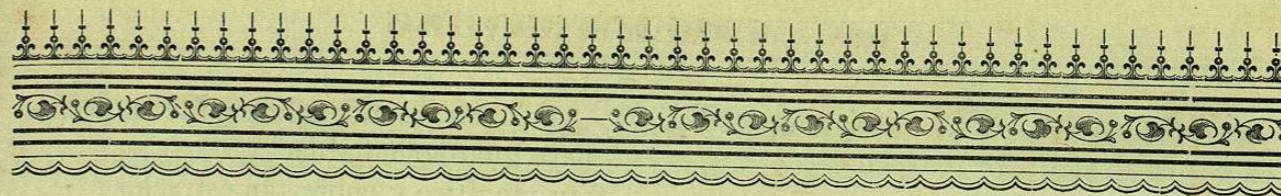
Llévala á tu ventana, y todos los días cuan-
do tu canario gorjee, cuando las flores de tus
tiestos abran su broche de oro, dirige una mi-
rada á tu palma bendita, no olvides que es tu
amuleto, porque sobre ella han caído el perfu-
me del incienso y el aroma purísimo de la
oración.

Después, cuando tostada por el sol vaya
cayendo á pedazos, dirige al cielo tu plegaria
pidiéndole que las tempestades del destino só-
lo pasen por el alféizar de tu ventana y se de-
tengan allí, como las tormentas del Océano
se detienen en la playa bienhechora.

JUVENAL. (2)

(1) El autor de esta composición es un adolescente de unos 16 ó 17 años
cuando mucho. Nos complacemos en alentarle á que siga cultivando, con
estudio y perseverancia, la bella literatura, para la cual demuestra tener
muy felices disposiciones. — N. del E.

(2) Juvenal es el pseudónimo con que escribe en *El Monitor Republica-
no* el Sr. D. Enrique Chávarri, desde hace unos treinta años, con una cons-
tancia y una consagración sin ejemplo en la historia del periodismo mexi-
cano. Juvenal es señaladamente leído por sus CHARLAS DOMINICALES,
en las cuales retrata siempre, con suma gracia y con extraordinaria verdad,
los tipos y las costumbres de lo que aquí, en México, se llama *gente cursi*
ó de segundo patio. Como una muestra del estilo de Juvenal reproducimos
el corto fragmento anterior, ya que no nos haya sido dable obtener algo es-
pecialmente hecho para este Almanaque por el popular escritor. — N. del E.



ESPEJISMO ✻ ✻

(INÉDITA.)

Del tiempo la segur nada respeta;
Siega inflexible glorias y esperanzas,
Niñez temprana y juventud inquieta,
Grandeza, poderío,
Señalando por límite á la vida,
Tumbas, silencio, aterrador vacío.

Pero hay algo que escapa
A esa fuerza terrible, incontrastable;
Que oculto cual simiente
Bajo el mantó aterido del invierno,
Del sol el rayo fecundante espera
Y yergue el tallo tierno
Cuando ya parecía
Que la implacable suerte
Para siempre le hundía
En los oscuros reinos de la muerte.

Sombra tal vez; pero que vive, alienta,
Placeres reproduce,
Amargo llanto enjuga,
Y entre las sombras de la noche luce:
Mariposa que surge de la oruga,
Esencia pura de la flor marchita
Que el ambiente embalsama y se difunde,
Que recuerdos evoca
Y esperanza infinita
Sobre la tumba del amor coloca.

Se hunde el astro esplendente
En la región lejana de Occidente,
Y deja el paso libre
A la noche que avanza
Envolviendo la tierra

En fúnebre crespón. El horizonte
Al ojo indagador sus puertas cierra;
Y en vez de cantos suaves
Que alza alegre gilguero,
El eco lastimero
Se oye no más de las nocturnas aves.....

Pero queda á la flor que mustia inclina
Su corola hacia el suelo,
Un soplo del calor que el astro ardiente,
Enamorado le mandó del cielo.
Y si corre la fuente
Por la extensa pradera murmurando;
Y si el ave gorjea
Y sobre sus polluelos tiende el ala,
Del dulce nido sobre el lecho blando,
Es que guardan latente
Vivífica influencia
Que con los besos de la luz sintieron,
Cuando en hora feliz, de la existencia
El don inesperado recibieron.

Así el recuerdo del placer ya ido,
Del corazón en el secreto duerme;
Del corazón herido
Por la mano del tiempo y que sin fuerza
Apenas late ya. Mas se alza, brilla,
En un momento por el bien guardado,
Y mágico paisaje
Por el pincel de una hada dibujado
Muestra á la fantasía,
Donde la sombra del dolor no cabe,
Donde remonta el sol de mejor día.